

ávidamente se aprovechó la ocasión para presentar la victoria sobre la Armada española como un juicio de Dios, en el cual el Omnipotente se había declarado en favor del protestantismo contra la Iglesia católica. Para hacer creíble y evidente esta interpretación, se desfiguraron enteramente los hechos históricos (1). En la leyenda que se formó y ejerce su influencia hasta en las más recientes obras de historia, no son la superior experiencia del mar y mejor armamento los que ocasionan la victoria, sino la inmediata intervención de Dios, que confunde a los enemigos. Por eso se pinta con los más exagerados colores lo poderoso de la armada española, Isabel nada igual puede oponer a ella, Inglaterra parece estar perdida. Pero el Omnipotente pelea por los suyos, envía contra los españoles una tempestad: «Sopló Dios todopoderoso, y la armada voló hacia todos los vientos» (2). A los mismos fines había de servir la invención de que Felipe II había tenido su armada por «invencible» y así la había llamado de antemano. En las fuentes españolas no se halla esta expresión (3).

Gravemente habían de pagar los católicos de Inglaterra la acometida y la derrota de los españoles. Cuando en 1586 estaba próxima la acometida de España, el Consejo privado de la reina había concedido la primera mitigación de la persecución que padecían los católicos; desde el 23 de febrero de este año los partidarios de la antigua religión, que estaban dispuestos a entrar en el cuerpo de la caballería ligera, por un indulto fueron eximidos de pagar las multas que ordinariamente se les imponían por no ir a la iglesia, etc. En noviembre de 1586 se hace valer por primera vez el conocimiento

(1) «Es cosa sin igual en la historia de las guerras modernas el que una gran decisión por las armas se olvide por la fantasía popular y se supla con la imagen de destructoras fuerzas de la naturaleza, el que al tronar de los cañones reemplace la furia de la tempestad y se atribuya al viento y a las olas lo que ha hecho la superior habilidad guerrera de una flota.» Meyer, 190.

(2) También entre los católicos se hacían consideraciones de índole religiosa sobre el grande acontecimiento. Así dice Maffei: *Haec tanta tamque inopinata Hispanorum clades haereticis interim exultandi, Catholicis moderandi animos, rerumque humanarum imbecillitatem agnoscendi, cunctis divina iudicia cum timore ac tremore pensandi, satis amplam in multis annos materiam praebuit; ac simul dilati sapienter a Sixto subsidii, vel iniquis et obrectatoribus apertam confessionem expressit* (Hist., 44). Cf. Meyer, 293.

(3) It is clear from the despatches, that the Spaniards never regarded their Armada as invincible; it sailed amid fears and prayers rather than amid popular exaltation. Juicio de Armstrong en un artículo publicado en la *Engl. Hist. Review*, XII (1897), 667.

de que las constantes condenaciones perjudicaban al crédito del mismo gobierno; se comienza a sacar a los sacerdotes de las cárceles de las grandes ciudades y trasladarlos a castillos solitarios, donde llamaban menos la atención (1). Pero en el año 1588 vuélvese a cambiar en mal la situación. A principios del año varios consejeros reales propusieron fraguar una especie de noche de San Bartolomé entre los católicos. Isabel rechazó la propuesta, pero una multitud de católicos de toda categoría, así hombres como mujeres, fueron echados a la cárcel, y desde los púlpitos se tronó contra la tiranía del Papa y la traición de los papistas (2). Mas a pesar de esto la fidelidad de los así tratados se mantuvo firme, y los católicos mostraron el mismo amor a la patria que sus conciudadanos protestantes (3). Burghley mismo después de la victoria sobre la armada dió testimonio de ello en un opúsculo que compuso con el título de «Carta a Mendoza», editó como obra supuesta de un católico inglés e hizo difundir en diversas lenguas (4). Alaba principalmente al vizconde Montague, el cual con su hijo y nieto se presentó a la reina para proteger su persona. Continúa narrando, que en la cárcel de Ely

(1) Pollen en *The Month*, CV (1905), 274 s.

(2) Lingard, VIII, 276 s. Descripción de aquella jornada de terror por el jesuita Weston en Spillmann, III, 154.

(3) Ibid. Los emigrantes ingleses del continente, que esperaban de la armada su vuelta a la patria, estaban ciertamente en su mayor número de parte de don Felipe. La lista de los oficiales y nobles de la armada contiene unos 20-25 nombres ingleses o irlandeses; según Camden unos setecientos ingleses sirvieron en el ejército de invasión de Farnesio. Pero también entre los emigrantes varios se negaron a tomar las armas contra su patria. Tomás Denyce, ferviente católico y que gozaba del favor de los inquisidores, dió parte hasta a Isabel de los planes españoles. Lechat, 145.

(4) El opúsculo hace tiempo que está reconocido como falsificación por Persons, Lingard (VIII, 277, nota), y sir Walter Scott, el cual en su reimpresión en los *Somers Tracts* (1809) advierte de antemano: *It is hardly necessary to add that the letter is supposititious*. La demostración de que Burghley es el autor, fué dada por Pollen; además de varias razones intrínsecas, habla en favor de ello el existir todavía el borrador del opúsculo escrito de mano de Burghley; v. *The Month*, CXVII (1911), 300-304, 531-532. Con todo para los hechos alegados en el texto se podrá utilizar con Lingard (VIII, 277, nota) la carta a Mendoza. Como éste después de la derrota de los españoles propalaba aún noticias sobre su victoria, Burghley en aquella carta se burla irónicamente de la conducta del embajador, deplorando en la persona de un católico la desdicha que la armada ha acarreado a los católicos ingleses, desaprobando la bula de excomunión contra Isabel y la explicación de la misma dada por Allen y hablando de la aversión de los católicos ingleses a que se introdujese de nuevo violentamente la antigua religión. Sobre la edición francesa del opúsculo cf. Stübel en las *Comunicaciones del Instituto austr.*, XX (1899), 627 s.

los presos por causa de la religión habían firmado una declaración de que estaban dispuestos a defender a la reina contra todo el mundo hasta morir. Francisco Englefield, decidido amigo de los españoles, escribía el 3 de febrero de 1589, que no había ninguna esperanza de un inmediato retorno de Inglaterra a la antigua Iglesia, pues los mismos católicos ingleses estaban resueltos a resistir a España (1). Marino Cavalli, embajador veneciano en París, escribía en 1602, que al tiempo que la escuadra española dirigió su ataque a Inglaterra, todos los católicos habían permanecido fieles a la reina (2).

Pero su lealtad no protegió a los católicos de la desgracia de que Isabel tomase venganza en ellos de la acometida del rey católico. Ya durante los combates con la armada fueron ejecutados el 24 de julio de 1588 tres sacerdotes por causa de su fe católica (3). Después que hubo pasado el peligro, siguiéronles en la muerte sangrienta, hacia el día de San Bartolomé, en sola una semana catorce sacerdotes y legos, y desde el 28 de agosto hasta el 29 de noviembre no menos de 20 sacerdotes, 10 legos y 3 mujeres. En los años 1589 y 1590 subieron al cadalso 19 católicos, y diez años enteros duró luego la tempestad de la persecución (4).

Con pleno convencimiento de la superioridad el Parlamento hizo la petición a Isabel de responder al ataque a Inglaterra con un desembarco en España. Drake en efecto juntó una escuadra de 180 buques y 21 000 hombres, con los cuales el 18 de abril de 1589 zarpó de Plymouth. En el ataque al puerto español de la Coruña cosechó algunos buenos éxitos; pero cuando se dirigió luego contra Lisboa para introducir a don Antonio como a rey, fué rechazado por las hábiles disposiciones del cardenal Alberto. Toda la empresa tuvo un fin lastimoso (5).

(1) Pollen en *The Month*, IC (1902), 411. Es dudoso que el almirante británico lord Howard de Effingham hubiese sido católico (*ibid.*).

(2) El arcipreste trabajaba según los deseos de los españoles. I am told that it is impossible to foresee what will happen, for the last time the Spanish fleet attacked England the Catholics all remained loyal to the Queen. Cavalli en 7 de enero de 1602, en Brown, *Venetian Calendar*, IX (1592-1603), n. 1043. La expresión conserva su valor, aunque Cavalli hubiese tenido ante los ojos el ataque de la escuadra del año 1596.

(3) Spillmann, III (1905), 161.

(4) *Ibid.*, 166 ss.; Meyer, 298 s.

(5) Brosch, VI, 641 s. En el consistorio de 30 de agosto se lee la carta del cardenal-archiduque sobre la expulsión de don Antonio y de Drake. El Papa ordena que para dar gracias a Dios los cardenales el viernes siguiente se trasla-

En general Isabel con la victoria sobre la armada llegó al punto culminante de su vida; desde ahora comienza su estrella a hundirse (1). Su popularidad se disminuye, el Parlamento hasta entonces tan dócil se atreve poco a poco a tener una opinión propia. Los antiguos consejeros de la reina van muriendo, y ella queda cada vez más aislada. En la política exterior ya no se pueden apuntar éxitos especialmente brillantes. Tampoco sobre España alcanzó la «reina del mar» a pesar de la instigación de los turcos (2) otras grandes victorias. Las colonias de las Indias Occidentales permanecieron unidas a la metrópoli, y bajo el cetro español llevaron una vida de ningún modo infortunada. Contra los piratas ingleses se aprendió poco a poco a defenderse. En este concepto ni con mucho llegó a ser todo realidad lo que la derrota de la armada parecía amenazar.

En general es falsa la opinión que ha reinado mucho tiempo, según la cual parece como si la ruina de la armada hubiese herido ya mortalmente el inmenso poderío español y salvado el protestantismo (3). Felipe II poseía aún suficientes medios para enviar de nuevo en 1596 y 1597 una armada contra Inglaterra, que constantemente le provocaba. En ambos casos fueron ciertamente en realidad tempestades del mar las que en 1596 obligaron a la armada ya salida del puerto a volver tras graves pérdidas, y en 1597 dispersaron las dos escuadras, de modo que ni los ingleses ni los españoles cosecharon gloria alguna (4). En cambio es cierto que con el victorioso rechazamiento del ataque español de 1588 en el Canal de la Mancha «se consiguió el poderío universal inglés de los tiempos venideros, pues este notabilísimo choque quedó siendo eficaz y llevó frutos inmediatamente en la guerra continuada contra España» (5). Un punto vulnerable de Inglaterra siguió siendo como antes Irlanda,

den de Santa María de la Minerva a Santiago de los Españoles (\*Actas consistoriales del cardenal Santori en el Cód. Barb., XXXVI, 5, III, p. 42, *Bibl. Vaticana*). En efecto el 1.º de septiembre el Papa con treinta y seis cardenales y la corte fueron a pie en procesión de la Minerva a Santiago. Acabada la misa cantáronse allí un salmo y algunas oraciones compuestas por el mismo Papa, mientras los cardenales estaban en pie. Después fueron a San Antonio de los Portugueses; v. \*Diarium P. Alaleonis, p. 475<sup>b</sup>; Cód. Barb. lat., 2814, y \*Avviso de 2 de septiembre de 1589, Urb., 1057, p. 539, *Biblioteca Vaticana*.

(1) Brosch, VI, 640-684; A. Zimmermann en el Anuario Hist., XXV (1904), 199-215; J. Corbett, *The Successors of Drake*, London, 1900.

(2) Cf. la relación en Schweizer, *Relaciones de nunciatura*, III, 114.

(3) V. Lindner, *Historia universal*, V, Stuttgart, 1907, 266.

(4) Cf. Brosch, VI, 657.

(5) Lindner, loco cit.

donde Isabel no podía dominar las constantes revueltas. Hasta el último año de la vida de la reina se sostuvo allí el caudillo de los insurrectos, el conde de Throne, educado en Inglaterra. Si España le hubiese apoyado más enérgicamente, apenas es dudoso que Irlanda se habría perdido para la dominación inglesa (1).

(1) Brosch, VI, 669; Juan B. Kelso, Los españoles en Irlanda (1588-1603), Leipzig, 1902 (Disertación).

## VI. Conatos de reforma y restauración católica en el Imperio alemán, en los Países Bajos y Suiza

### I

Gracias al cuidado pastoral de Gregorio XIII la Santa Sede al tiempo de la elevación de Sixto V, además de la nunciatura de la corte imperial, poseía también representaciones permanentes en Colonia y en Graz. El puesto más importante y honroso (1) seguía siendo como antes el establecido cerca de la cabeza suprema del Imperio, donde además de los negocios interiores de la Iglesia se tenía cuenta también de los puramente políticos. Aunque el nuncio de Colonia era del todo independiente en su gran distrito del oeste de Alemania, sin embargo todos sus negocios pasaban por las manos del emperador y por tanto caían también bajo la jurisdicción del nuncio acreditado en la corte imperial, quien, fuera de eso atendía a los asuntos eclesiásticos de Bohemia, donde residía Rodolfo II, a los de Hungría y de los demás países austríacos, así como a los del sur de Alemania. En este concepto era el representante de la Santa Sede para todo el Imperio romano alemán (2).

Al tiempo de la elevación de Sixto V era poseedor de la nunciatura de Praga Germánico Malaspina, mientras que la nunciatura de Colonia era administrada por Juan Francisco Bonhómini, y la de Graz por Juan Andrés Caligari (3).

La complicada situación política del Imperio hubo de seguir causando también inquietud por lo que tocaba a la causa católica. Los buenos éxitos alcanzados en la guerra de Colonia fueron puestos

(1) Cf. la carta del cardenal Aldobrandini de 10 de enero de 1597, en las *Carte Strozzi.*, I, 2, 268.

(2) V. Elises en la *Revista trimestral romana*, XIX, 96.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.